

Una taza de té

Aquel día para Serguey Bogdánov desde el principio no le resultaba nada bien. Muy temprano por la mañana le despertó el teléfono. Le había llamado Aliona, una compañera de escuela. Llamaba desde Vladivostok, pero se escuchaba muy mal, apenas si logró entender que su ex-vecina de asiento en la escuela se había casado. Y nada más... La comunicación se cortó. Luego de esa llamada telefónica, un tanto confusa e inesperada, los pensamientos se agrupaban en un montón y de nuevo se dispersaban desordenadamente. “¿Para qué le había llamado? —pensaba Serguey—. ¿Qué tengo que ver yo en todo eso? Bien, éramos amigos, me gustaban sus pestañas. Quizás también ahora me siguen gustando... Pero, ¿qué tiene que ver Vladivostok en todo eso?” En general, qué habrá pasado, él no lograba comprender. De todos modos, eso oprimía y molestaba. Este estado se agudizó con el sentimiento de irritación e insatisfacción consigo mismo que ya había logrado afianzarse en él después de una serie de llamadas telefónicas tontas a todas las empresas del distrito con relación al esperado cumplimiento del plan.

A las diez de la mañana, a todo el aparato administrativo del comité distrital del partido citaron a la sala de reuniones del Buró del comité distrital. El segundo secretario, sin hacer ninguna introducción, como si repartiera instrucciones diarias corrientes para los instructores, comenzó a anunciar las direcciones para efectuar las visitas.

—¿Qué tipos de visitas? ¿Acaso no bastaban las cartas? Cada uno tenía unas 20 cartas para repartir. Y todas

para entregar con fechas fijas y llevar personalmente a cada dirección—, murmuró muy bajo el encargado de la división industrial, pero lo suficientemente sonoro para que le oyeran la gente de su grupo. El se sentía muy molesto por el informe en la reunión plenaria que le fue encomendado a su división, simplemente no se podía imaginar cómo todos sus colaboradores en calidad de instructores, incluso su vice, se puedan ir vaya saber adónde para todo el día.

Ya y así ellos, dos veces por semana, no llegaban antes de las doce. Cada uno tenía la orden de controlar la marcha de la construcción de sus dos edificios de nueve pisos, que comenzaron a construir en un microbarrio nuevo. En otoño todos ellos andaban días enteros en botas de goma por el barro que les llegaba hasta las rodillas, con los pantalones remangados y sus zapatos limpios atados de los cordones y colgados en sus hombros. Supervisaban cómo los operarios y empleados de las empresas distritales recogían zanahoria en los sovjoses patrocinados. En primavera vigilaban cómo cortaban el hielo en las calles por donde, de un momento a otro, debería pasar el primer secretario del comité regional.

El segundo secretario con voz monótona continuaba formulando las tareas a llevar a cabo. Quién en concreto deberá ir a tal dirección para dar a conocer la información a la gente. El, escrupulosamente, tachaba en el texto las listas que ya había anunciado.

Se trataba de que habría que visitar unas quince viviendas e informar a sus moradores de la muerte de familiares. Es que, por la noche, en las cercanías de Leningrado se había caído un avión de pasajeros. En realidad, no correspondía informar de esa desgracia por televisión. Si así fuera, tal anuncio sería una sensación. De manera que si nuestra gente visita a los familiares, “hará muecas con caras tristes” y posiblemente neutralizarán la supuesta sensación...

Así ocurría siempre. Si algo sucedía que no era posible sistematizar, algo repentino, no planificado o caído del cielo, eso significaba que el comité distrital era el culpable. ¿Y cómo podía ser de otro modo? El aparato del comité distrital tenía que poner los pies en marcha y adelante.

En la primera dirección que le entregaron a Bogdánov para que visite no había nadie en casa. Rápidamente, paso a paso, cuidando de no asustar a ninguno, se dirigió a la otra dirección. Tocó el timbre. Le abrió la puerta un hombre de baja estatura y edad mediana. Eran cerca de las doce, se veía que ese señor ya estaba en el trago. En la vivienda se oía un bullicio de muchas voces. Cinco personas estaban sentadas a la mesa bebiendo. Probablemente estarían celebrando algún acontecimiento: en la mesa había más botellas que cubiertos.

Serguey le sugirió al hombre que le abrió la puerta pasar a la cocina. Allí había dos mujeres más cocinando. De la habitación se oyeron voces: “¿A dónde te fuiste? Ven aquí. ¿Quién llegó? Seguramente, el joven papá. Por fin.” Pero el hombre vio que la persona que vino no era el papá.

—¿Qué necesitas? ¿A quién buscas?

—Sí, yo vengo del comité distrital...

—¿Y qué? ¿Has venido a la mañana para tomar un trago con nosotros?

—Pero, tengan paciencia a que les diga. A mí me mandaron para que ...

—Pero las elecciones ya pasaron... ¿Qué más necesitas!

—Piotr Vasílievich Lózhkin ¿vive aquí? Es decir, vine para avisarles que él hoy ha fallecido... Lo lamento.

El hombre se quedó mudo de repente. En su cabeza lentamente comenzaron a mezclarse dos acontecimientos no habituales en un mismo día: la celebración familiar y la llegada de este tipo...

—¿Qué significa?.. ¿Qué estás diciendo? ¿Dónde está Piotr?

—El avión se estrelló esta mañana cuando iba llegando a Leningrado—, y como confirmación de lo dicho, Bogdánov abrió su credencial que confirmaba su rango de instructor del comité distrital y le acercó a la cara del hombre. —Le vuelvo a repetir, soy del comité distrital.

Serguey pensó de pronto: “Resulta entonces, que si eres del comité distrital, deben creerte que murió una persona de la familia y si, por ejemplo, mencionas el Consejo de diputados del pueblo, ¡están obligados a creerte! Por lo visto, cualquier credencial logrará su efecto. La gente estaba así acostumbrada. Aunque, de ocurrir una desgracia, de inmediato llamaban al guardia de turno del comité del distrito”.

—¡Un momento!, ¿Qué estás diciendo? ¿Quién eres tú para decirnos esa barbaridad? —no se tranquilizaba el familiar— ¡Katia! ¡Elena! Vengan aquí. Vengan rápido, por favor—. De la cocina vinieron dos mujeres jóvenes. Bogdánov repitió de nuevo lo que había dicho al hombre un poco antes. Pero ahora le estaban mirando, sin parpadear, tres pares de ojos desorbitados.

—He aquí el número de teléfono. Pueden llamar allí personalmente. Le dirán todo en detalles —pronunció Serguey—, disculpen, me tengo que ir.

Al instructor le pareció que en los ojos de las personas que le escucharon se evaporó la anterior alegría, después, la incertidumbre. En su lugar, surgieron el miedo, la incredulidad y la agresión. El hombre que le abrió la puerta, dio una vuelta alrededor de Serguey y se detuvo en la puerta de entrada.

—Pero, espera un poco. No entendí nada. ¿Qué hacer en adelante? Dale, dinos: ¿qué, por qué y adónde ir?... Díselos a ellos —el hombre señaló a las personas que estaban sentadas a la mesa. Allí, probablemente, estaban los familiares y la joven esposa. —En cambio, me inserta su credencial... ¡Fíjate, con corbata! ¡Se vino, evacuó y ahora ya quiere desaparecer!... —El hombre empezó a empujar con su panza a

Bogdánov para hacerlo entrar en la habitación, después le quitó la credencial y la tiró sobre la cama—. ¡Pero no puede ser, fíjate Clavdia, a qué se atreven! ¡Fíjate, fíjate! —gritaba el hombre señalando con su cabeza la credencial tirada sobre la almohada—. Andan aquí por las casas y amargan la vida.

—Pero, cállate tú. ¡Clavdia, apacigua a ese! —en voz baja, pero con severidad pronunció un hombre ya mayor, probablemente el padre de la persona que pereció en el avión. El anciano se levantó de la mesa, se acercó a la cama, tomó la credencial, y sin mirarla, se dirigió a Bogdánov. Después se detuvo delante y un largo rato le miraba directamente a los ojos y sin parpadear. Sólo que los ojos del anciano se volvían cada vez más pequeños y el labio inferior temblaba, lentamente iba cubriendo el labio superior. De cuando en cuando él giraba la cabeza hacia una mujer, también anciana, tal vez su esposa, que se movía en vano tratando de levantarse de la mesa y que volcó al piso un par de botellas. A su lado estaba parada Clavdia. Esta lloraba y al mismo tiempo gritaba:

—¡Tío Vasili! ¡Tío Vasili! No le hagas caso a ese tipo... ¡No le escuches!, ¡Qué canallas!, —ella de nuevo se echó a llorar y comenzó a amenazar con los puños, como si estuviese peleando contra una fuerza diabólica—. Tía Clavdia... Por lo menos tú no le escuches. Qué malignos... ¡Qué malignos que son! —Ella no miraba en dirección de Bogdánov, aunque seguía haciendo movimientos amenazantes con los brazos.

Con la mano izquierda el anciano sostenía la solapa de su chaqueta con distinciones de diversos colores que representaban órdenes y medallas, y la mano derecha caída sostenía la credencial del comité distrital.

“Ahora me dará una trompada —pensó Serguey—. Directamente me sacudirá con la credencial. Mejor sería que me pegara, en lugar de mirarme como a un...” —Bogdánov no alcanzó a imaginar a quién él ahora se parecía, pero instintivamente se contrajo.

—Vete muchacho, —bruscamente pronunció el viejo e hizo un movimiento con la mano indicando la puerta. —Tú, quizás, no comprendas qué has hecho en este momento. Así, simplemente has llegado, y ... —El anciano sacudió con la cabeza y con más fuerza aún movió la mano. —Vete, vete de aquí. No sé quién eres, y tampoco quiero saberlo. Pero lo que tú has hecho ahora... Yo incluso no comprendo, cómo puede denominarse. Así no se hace... ¡Es inhumano!

Serguey Bogdánov se dirigió hacia la puerta. Decir algo, no tenía sentido. “¡Vaya, diablos! —recordó él su credencial—. En ese momento el muchacho que le abrió la puerta, de pronto se encontró muy cerca y a patadas le sacó del apartamento.

—Véte de aquí, imbécil con corbata. Ya sin tu ayuda, idiota, nos enteraremos de todo. ¿Verdad, padre? Anunciarán por la televisión, como corresponde. A lo mejor, todo no sea así. Fíjate, se vienen aquí toda clase de atorrantes... ¡Y la gente tiene que creerles!

Bogdánov salió corriendo por la escalera desde el cuarto piso y en varios segundos ya estuvo abajo donde se quedó largo rato parado. Le agarró un escalofrío. Eso se parecía a la tarea de verdugo. En los primeros minutos la gente te mira precisamente así. Es que, ¿cómo puede ser? Estaba el hombre, y tú llegas y anuncias que ya no está. Da la impresión de que tú eres el culpable de todo lo sucedido. Al igual como ocurría con el cartero durante los años de guerra, cuando traía por escrito la noticia de la muerte del soldado en la guerra. El cartero por lo menos traía la mala noticia por escrito, pero aquí..., eran puras palabras. En aquel entonces todos sufrían un enorme pesar, además, muchos veían que a otros también les traían la penosa noticia. Pero, ¿que tiene que ver el comité distrital? —se preguntaba Bogdánov. Por qué no asumen esa tarea los diputados, por ejemplo. A ellos los elegía el pueblo, en consecuencia

deberían saber... Sería comprensible si se tratara de los soldados que luchaban en Afganistán, en tales casos, se encargaban de avisar los funcionarios militares. Ellos se llevaban a los soldados, y ellos eran los que debían rendir cuentas. Sin embargo, en este caso... Resulta que si los funcionarios del partido recorren las casas trayendo avisos, eso significa que el Partido comunista es el culpable... Pero ¿Qué hacer con la credencial? Habrá que volver a buscarla. ¡En caso contrario, me cansaré de dar explicaciones!

En el cuarto piso se abrió la ventanilla y en un instante cayó en la nieve justo frente a Serguey su credencial.

En la última dirección a visitar vivía una anciana, la madre del que pereció. Apenas Bogdánov apareció en la puerta con el gorro en las manos, sin lograr decir ni mostrar nada, la mujer anciana se quedó como petrificada y al cabo de unos segundos se puso a llorar silenciosamente.

—Como si lo supiera, lo presentía, toda la noche no dormí. ¿Ocurrió algo? ¿Sí? ¿Pasó algo con Igor? ¿Dónde está? ¿Pasó algo con el avión?

Serguey permanecía callado, bajó la cabeza y pensó: “Que tonto sería decir que soy del comité distrital del partido”. Es que, lo inesperado de su visita coincidió con que la madre del fallecido lo había presentado todavía por la noche. Ella ya no necesitaba nada más. La mujer estaba parada en la puerta y lloraba muy fuerte. Enseguida se abrió la puerta vecina, un hombre de mediana edad con larga cabellera pelirroja, asomó con cuidado la cabeza, miró a su alrededor, fijó su mirada en la mujer que lloraba, luego en Bogdánov y en silencio cerró la puerta.

Bogdánov pensó que llamaría a la milicia, se acordó de que no tenía ningún documento que confirmara la catástrofe. Los milicianos dirán que anda por las casas y asusta a la gente... En general a la milicia le gustaba detener a todas las personas que se jactaban con sus credenciales. En especial, cuando las comenzaban a agitar demostrativamente.

La mujer de repente se dio vuelta y entró en su habitación, tomó un pañuelo negro tejido y tapó el espejo que estaba colgado en la pared de la antesala. Recorrió mirando indiferente a su alrededor: el radioreceptor hecho por aficionados que se encontraba sobre la peana de la ventana, una foto del hijo y su nuera sobre la cómoda... Regresó y bajó el pañuelo del espejo. Después se sentó en una silla y, sin decir palabra, agarró de la mesa una tetera todavía caliente, llenó con agua hervida dos tazas, arrimó más al centro de la mesa una bandejita de vidrio con tres bombones de soja y chocolate, luego pronunció en voz baja: "Siéntate conmigo un rato".

Serguey se quitó la gorra, se sentó casi en el borde de la silla y se puso a tomar el agua caliente. El no se animaba a levantar la vista e incluso pensar de que no era té lo que bebía. Así, en silencio, permanecieron sentados unos diez minutos. La milicia hasta ese momento no apareció.

—Dígame, ¿usted sabe bien qué ocurrió con Igor? ¿Usted mismo vio?, ¿Quizás, por ahora la noticia no está confirmada? —en forma rápida y con voz entrecortada empezó a hablar la anciana. Ella no esperaba respuesta, solamente sollozaba y de tanto en tanto acercaba a sus ojos un pañuelo blanco.

La mujer le contó cómo a fines de los años treinta se llevaron preso a su marido, un simple ingeniero; contó cómo ella, estando sola, sobrevivió en el período del bloqueo y cómo después, en los años cincuenta, adoptó a un niño del orfanato para educarle...

—Pues, nadie más contará nada, ¿verdad?

Serguey cerró los ojos y movió con la cabeza.

Después de tales andanzas, Bogdánov ya no quería pensar en determinado desarrollo de empresas, en el perfeccionamiento de las formas y métodos de trabajo del partido o en el cumplimiento de las resoluciones de un consecutivo plenario del Comité Central. Hacia la noche, todos quienes fueron mandados con tareas, regresaron al

comité distrital. Sobre sus emociones y las de los que les ordenaron visitar, nadie se interesaba. Tampoco era necesario presentar informes sobre el resultado de las tareas encomendadas. Todos estaban ocupados con el Asunto. Se sabía solamente que a la instructora de la sección organizativa, del lugar mismo de la visita, la llevaron de urgencia al Hospital Sverdlov con problemas del corazón. A los familiares del fallecido no sucedió nada, en cambio a ella... A otro instructor de esa misma sección, por poco le llevan a la milicia. Pero al final se las arregló él mismo.

El día laboral continuaba.

Hacía más de media hora que en el corredor del comité distrital estaba sentada una mujer de cabellos canosos lisamente peinados, con anteojos finos y con un portafolio chico y bastante usado sobre sus rodillas, era científica, doctora en ciencias y miembro del partido. Esperaba al responsable de su discurso en la sesión plenaria. Bogdánov, candidato a doctor en ciencias geográficas, era la persona apropiada, puesto que a su vez era responsable de los discursos de los científicos y, en general, de todos los intelectuales.

Un tanto a los apurones, al abrir la puerta y saludar a los presentes disculpándose por la demora, Serguey le propuso a la mujer entrar en el despacho y sentarse. Tomó el texto de su discurso. En general, para ella era un asunto corriente y habitual. Siempre era mejor que lo viera alguien de los funcionarios del comité distrital, de lo contrario se podría llegar a tener infinidad de problemas.

—Aquí al comienzo, mencioné a Brezhnev, cité todos sus cargos... —comenzó a explicar la científica.

—Sí, sí, lógicamente, gracias —pronunció con voz indecisa Bogdánov, comprendiendo toda la insignificancia de su “agradecimiento”. Pero al ver que Brezhnev era mencionado sólo una vez, se puso tenso. Se requería dos veces. Al comienzo y al final del discurso. Por cierto, nombrar todos sus cargos y títulos se podía una sola vez. Pero, de todos modos...

Serguey sabía cómo los funcionarios más habilidosos del comité urbano del partido se ingeniaban en las intervenciones de cinco minutos de los que estaban bajo su tutela, insertar habilmente alusiones sobre Brezhnev hasta tres veces. Además, lo hacían de tal manera que no lo notaba nadie. Tan bien impresionaba el texto. No decían simplemente: “Como lo dijo el Secretario General, Presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, Leonid Brezhnev”, luego seguía el texto tal cual lo dijo él, sino que lo hacían con mucho ingenio y maestría. Al principio, todo lo que se requería en esencia, y después insertaban todo lo demás: “Así enseña el Partido y también a nosotros nos exhorta su Secretario General...” Resultaba una expresión no insistente. Impresionaba que lo dicho no eran sus palabras. Todo lo demás, con frecuencia ya a nadie les interesaba.

“De todos modos, es un protocolo” —pensó Serguey, habiendo recordado a Brezhnev—, después costará resolverlo.

El instructor permanecía sentado detrás de su mesa y miraba a la conocida investigadora. Ella le decía algo sobre la ciencia, de su instituto y su discurso... El prácticamente no la oía. Su conciencia estaba saturada con sus visitas del día a los apartamentos y todas las galimatías sobre las artimañas ideológicas de los funcionarios del partido. Además, no le salía de la cabeza la llamada telefónica de Aliona... ¿Para qué le habrá llamado? Todas las reservas psíquicas para acumular emociones negativas ya estaban agotadas. Un poco más, y él ya no tendrá suficiente aguante para apaciguar esas manifestaciones.

Contarle a la mujer anciana las reglas de conducta en la reunión plenaria, mencionarle todas esas artimañas y limitaciones artificiales de los “encargados de organizar” y de los “ideólogos” es directamente un absurdo y, además, vergonzoso. Tanto más, que ella se parece mucho a aquella anciana con la cual él no hace tanto tiempo, en silencio, estaba sentado y tomaba “té” en su casa.